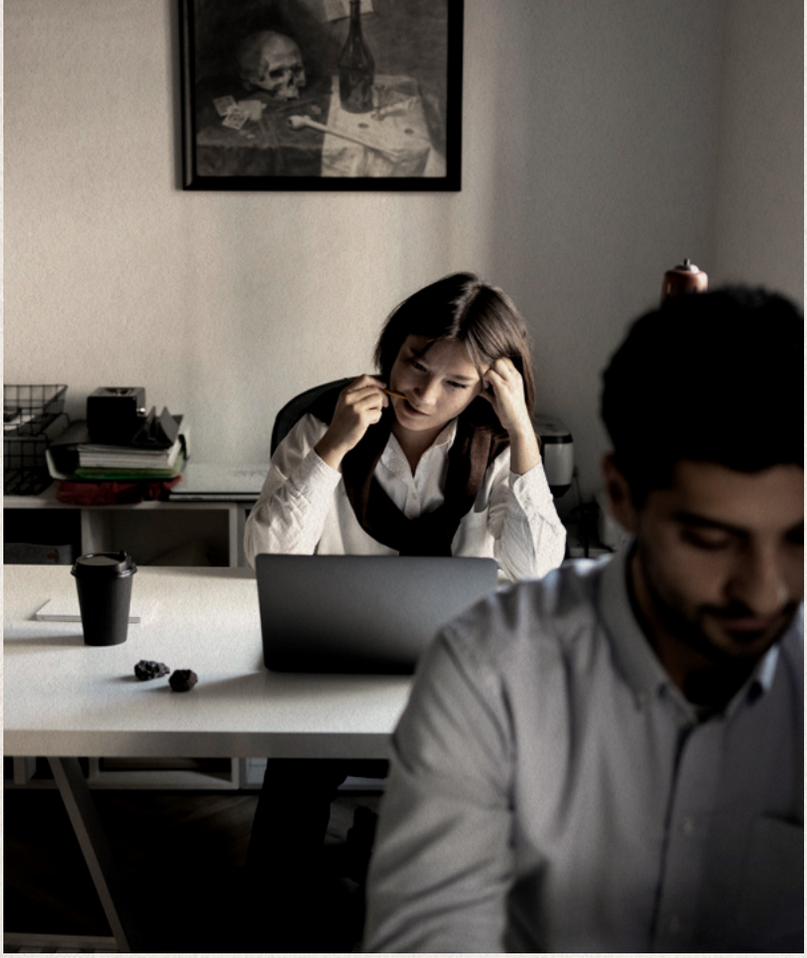


Imagen: www.magnific.com

«Veo violencia en todas partes»

Las afectaciones entre lo personal, lo profesional y lo político en el trabajo con hombres que ejercieron violencia contra las mujeres

«I see violence everywhere»

The interplay between the personal, professional, and political spheres in working with men who have perpetrated violence against women

Matías de Stéfano Barbero



TRAMAS SOCIALES • N° 08 | ISSN: 2683-8095

Matías de Stéfano Barbero
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) – Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG), Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
matiasdestefano@hotmail.com

Palabras clave
hombres que ejercen violencia, violencia contra las mujeres, programas para hombres, trauma vicario, burnout.

Keywords
violent men, violence against women, programs for violent men, vicarious trauma, burnout.

Resumen

Este artículo, basado en un trabajo de campo etnográfico y 8 entrevistas en profundidad, analiza las experiencias de quienes trabajan con hombres que ejercieron violencia en Argentina, y las formas en las que las dimensiones de lo personal, lo profesional y lo político pueden afectarse mutuamente. Los resultados muestran que el trabajo puede suponer experiencias dinámicas, intensas y diversas, tanto conflictivas como transformadoras, e impactar en cómo viven las relaciones de género, afectivas y familiares, en el sentido que ocupa la violencia en sus propias vidas y en cómo ejercen su trabajo. Se sugiere la importancia de reconocer y analizar este tipo de experiencias en las capacitaciones y en los espacios de supervisión para favorecer la reflexividad y la ética profesional entre los y las trabajadoras del campo de la violencia.

Abstract

Based on ethnographic fieldwork and eight in-depth interviews, this study analyzes the experiences of working with men who have perpetrated violence in Argentina, and the ways the interplay between the personal, professional and political spheres can affect each other. The results show that working in this field can involve dynamic, intense, and diverse experiences, both conflictive and transformative, impacting how they perceive gender, affective and familiar relations, on how they sense the role of violence in their own lives, and how they conceive their work. Recommendations are made regarding the importance of recognizing and analyzing these types of experiences in training and supervision sessions to foster reflexivity and professional ethics among those working in the field of violence.

TRAMAS SOCIALES • N° 08 | ISSN: 2683-8095

En memoria de Malena Manzato.
Un ejemplo luminoso de las formas en las que lo personal, lo profesional y lo político pueden encontrarse en una misma vida.
Con amor y gratitud.

Introducción[1]

Tengo un amigo que pinta. Cuando lo conocí y todavía usábamos pañales, él y yo pintábamos. En algún punto yo dejé de hacerlo, pero él siguió. En la escuela primaria, pintaba. En la secundaria, pintaba. Hoy es docente de artes plásticas en un colegio de Buenos Aires y, cuando sale de trabajar, va a su atelier a seguir pintando y enseñando a pintar. Cuando se va de vacaciones pinta la playa, el río o las montañas. Pinta a su esposa, se pinta a él, y pinta a su hijo, mi ahijado, que está —claro— aprendiendo a pintar. Quienes aprenden a pintar con mi amigo, aprenden algo más que a pintar. Él lo dice así: "¡El proceso de la pintura es el proceso de la vida!". Y tiene razón, por muchos motivos.

Si mi amigo trabajara en la atención a hombres que ejercieron violencia contra las mujeres podríamos escucharle decir algo así como que "el trabajo sobre violencia es el trabajo sobre la vida". Y como veremos, tampoco estaría equivocado, aunque probablemente le dirían que es importante que ponga distancia entre su trabajo y su vida personal. Porque, como dijera la psicoanalista argentina Irene Fridman (2023), se repite como un mantra que este trabajo no tiene que afectarnos, ya que —a diferencia de lo que sucede con el trabajo artístico— la permeabilidad entre los reinos de lo personal y lo laboral en el trabajo con violencia es considerada contaminante y poco profesional, cuando no directamente un fracaso (Bailey et al., 2012). Aun así, diversas investigaciones con profesionales que trabajan con personas que sufrieron o ejercieron violencia, registraron que las relaciones entre lo personal y lo profesional, silenciadas y mal vistas, no solo suceden, sino que son prácticamente inevitables y, más aún, pueden llegar a tener efectos diversos e intensos y afectar a los y las profesionales, a los objetivos de su trabajo y a la población con la que trabajan (Bailey et al., 2011; Bailey et al., 2012; Carrasco, 2022; Cuadro, 2025; Goldblatt et al., 2009; Iliffe y Steed, 2000; McCann y Pearlman, 1990; Mitchell y Melikian, 1995; Tyagi, 2006; Velázquez, 2012).

Que las dimensiones de lo personal y lo profesional se afecten mutuamente en el trabajo con hombres que ejercieron violencia resulta esperable, en tanto la intersubjetividad es una dimensión central de la entrevista (Ezzy, 2010), el encuentro terapéutico (Velázquez, 2012) y la dinámica grupal (Dutton y Corvo, 2006), tres de los elementos sobre los que se sostiene esta práctica profesional. Si consideramos, además, que el género, el poder y la violencia son las materias con las que trabajamos, pero también dimensiones ineludibles de las relaciones humanas (Connell y Pearse, 2018; Han, 2017; Wieviorka, 2017), no sería exagerado decir que estamos trabajando con otros sobre aquello que, de una forma u otra, es parte de nosotros.

De manera que es posible e incluso frecuente que la violencia no aparezca por primera vez en nuestra historia cuando empezamos a trabajar con ella, sino en algún punto de nuestra vida personal, y así lo sugieren diversos estudios (Goldblatt et al., 2009; Tyagi, 2006). También es el caso de las personas entrevistadas para esta investigación, que dijeron haber sufrido —o sido testigos de— alguna forma de violencia física, psicológica, económica o sexual en sus familias de origen durante su infancia, o por parte de sus parejas en su vida adulta. Estas circunstancias podrían suponer un desafío particularmente significativo a la hora de conseguir la "distancia emocional adecuada" o la "disociación instrumental" (Velázquez, 2012) que desde algunos enfoques se consideran necesarias para mantener el ideal de equilibrio homeostático frente a las personas con las que trabajamos y quienes nos hacen testigos y partícipes de sus experiencias (Goldblatt et al., 2009).

Siguiendo la propuesta de la psicoterapeuta argentina Susana Velázquez (2012) y reorientándola desde quienes trabajan con mujeres que sufrieron violencia hacia quienes lo hacen con los hombres que la ejercieron, en el encuentro entre éstos y el equipo profesional, que se da en el marco de grupos psico-socioeducativos (PSE)[2],

1 Agradezco a Laura Morroni, Luis Ávalos y Vanesa Fazio por los comentarios con los que enriquecieron las ideas que esbocé en la primera versión de este artículo.

2 Los grupos psico-socioeducativos son la principal modalidad de trabajo de los programas para hombres que ejercieron violencia contra las mujeres en Argentina. Los grupos, compuestos por hombres que mayoritariamente asisten por orden judicial luego de haber sido denunciados por ejercer violencia, suelen ser facilitados

TRAMAS SOCIALES • N° 08 | ISSN: 2683-8095

parte del trabajo consiste en mediar la experiencia a través del lenguaje y así ofrecer la posibilidad de narrar y escuchar escenas violentas, antes actuadas y ahora parte de un "testimonio". Quienes ofrecen estos testimonios se permiten entonces "decir y escucharse decir", lidiar con el reconocimiento de la violencia y de sí mismos para eventualmente llegar a darle nuevos sentidos e incorporar otras maneras de relacionarse (De Stéfano Barbero, 2021a). Este proceso, y aquí está la clave para este artículo, sucede "en presencia" del equipo profesional que, de acuerdo con Velázquez, deviene "testigo" no solo del lenguaje que constituye los relatos, sino también del cuerpo a través del que se manifiesta: la inflexión de la voz y la *hexis* corporal masculina que, entre quienes ejercen violencia, adquiere formas particulares (Bourdieu, 2005). Para Velázquez, ser testigo no supone ser un espectador pasivo ni un participante activo, sino alguien cuya posición le permite "observar, comprender y hablar desde afuera de la escena violenta" (Velázquez, 2012, p. 108). Sin embargo, advierte que, necesariamente, al escuchar y observar, quien atestigua también imaginará y sentirá las escenas relatadas, que pueden llegar a "conmocionar y disgustar incluso a los y las profesionales más experimentadas"[3] (Tyagi, 2006, p. 10). Es por ello que podríamos considerar que el trabajo con hombres que ejercieron violencia supone una "escucha arriesgada" (Dejours et al., 1994), en tanto implica exponerse a "lo imprevisto y muchas veces a lo inimaginable" (Velázquez, 2012, p. 108), ya que no puede saberse de antemano qué va a decir el otro, qué le va a pasar cuando lo diga, cómo nos va a afectar lo que dice, ni cómo vamos a reaccionar.

En este artículo analizaremos, entonces, las experiencias de quienes trabajan con hombres que ejercieron violencia para explorar las formas en las que pueden afectarse las dimensiones de lo personal, lo profesional y lo político. Consideraremos las afectaciones como lo hace la filósofa colombiana Laura Quintana, más allá de las perspectivas psicologicistas que las reducen a "modificaciones interiores que suelen llamar 'sentimientos' o 'emociones', entendidas como estados de sensación subjetivos, muy anclados a la figura del individuo y a su interioridad" (Quintana, 2021, p. 29). Al hablar de afectos adoptaremos un enfoque relacional, que incluye a los actores analizados —los hombres que ejercieron violencia y quienes trabajan con ellos—, las dimensiones de lo personal y lo profesional, pero también otras "fuerzas efectuadas en el mundo social que atraviesan a los sujetos, los preceden y conforman; que se producen en las interacciones conflictivas entre seres vivos, cosas, lugares, temporalidades, tecnologías; entre cuerpos, imágenes, discursos; entre registros sensoriales, atmósferas y materialidades" (Quintana, 2021, p. 29). Seguiremos también, en la tradición vitalista, el acento que pone Quintana sobre la dimensión potencial del afecto, y la capacidad de transformación que puede ofrecer al desplegarse desde conexiones impredecibles, dando lugar a la articulación de nuevas formas de relación.

El trabajo con hombres que ejercieron violencia contra las mujeres ha crecido significativamente en la última década, tanto en Argentina como en Latinoamérica, pero todavía se encuentran en proceso de consolidación y fortalecimiento (Aguayo et al., 2021). Uno de los principales diagnósticos de los relevamientos sobre el desarrollo de las políticas públicas en las que se insertan estos programas en nuestra región señalan que se caracterizan por su heterogeneidad, fragmentación e inestabilidad (Aguayo et al., 2021). Se considera que los programas son heterogéneos debido a que trabajan con una diversidad de marcos teóricos (cognitivo conductual, sistémico, psicodinámico y de género) y metodológicos (trabajo individual o grupal, con diferentes duraciones). Su fragmentación se debe al escaso conocimiento y contacto entre unos programas y otros, pero también entre los programas y las diferentes instituciones que participan de los procesos (justicia, programas de salud, etc.). Finalmente, su inestabilidad radica en la apertura y cierre de los programas de acuerdo al color político de los gobiernos nacionales y municipales, y al recambio constante de profesionales. Esto último puede explicarse por las difíciles condiciones de empleo y trabajo, que analizamos en otro tra-

por duplas de profesionales del trabajo social, la psicología, la psicología social, la abogacía o las ciencias sociales y humanas. Si bien estos programas se caracterizan por su heterogeneidad, la mayor parte de ellos trabaja desde una perspectiva de género y derechos humanos, a través de la circulación de la palabra y las dinámicas grupales, para que los hombres reconozcan y reflexionen sobre su ejercicio de violencia, el daño producido y los motivos que los llevaron a ejercerla, y ofrecen herramientas alternativas para el abordaje de los conflictos y la construcción de vínculos libres de violencia. Para un panorama general sobre estos programas en América Latina y el Caribe hispano, ver Aguayo et al. (2021). Para conocer las teorías y prácticas en las que se basan estos programas ver, entre otros, RETEM (2021) o Viña y De Stéfano Barbero (2023).

3 Todas las traducciones de los textos originales en inglés son propias.

bajo (De Stéfano Barbero, 2026), pero también por las elevadas exigencias subjetivas, profesionales y emocionales que este trabajo supone (ver De Stéfano Barbero, 2023). Este artículo pretende ofrecer, a partir del análisis de las experiencias de los y las trabajadoras de estos espacios, algunos elementos que podrían aportar a la reflexión sobre su práctica y ética profesional, al desarrollo de estrategias para el cuidado de su salud integral y, en un sentido amplio, a la producción de conocimiento crítico sobre las dimensiones y afectaciones que articulan nuestra forma de entender la violencia, a quienes la ejercen y a quienes trabajan sobre ello.

Metodología

Las experiencias analizadas en este artículo forman parte de una investigación antropológica sobre el trabajo con hombres que ejercieron violencia contra las mujeres en Argentina. Mi inserción en el campo comenzó en el año 2015, cuando en el marco de mi investigación doctoral en antropología en la Universidad de Buenos Aires (De Stéfano Barbero, 2021), financiada con una beca del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), comencé a asistir en calidad de observador participante a un grupo PSE para hombres que ejercieron violencia contra las mujeres en la Asociación Pablo Besson, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Luego de unos meses de observación participante, fui invitado a formar parte activa del equipo de coordinación de los grupos. En mi doble inscripción como investigador y trabajador voluntario en este campo —motivo por el que escribo usando la primera persona del plural en muchas de las líneas de este texto—, en los últimos 10 años participé de la coordinación de algo más de 250 grupos para hombres que ejercieron violencia, por los que pasaron alrededor de 100 participantes. Además, formé parte de proyectos e investigaciones en las que conocí las experiencias de diversos equipos profesionales. En el marco de una de ellas se realizaron tres webinars en los que participaron doce especialistas sobre el trabajo con hombres que ejercen violencia a nivel nacional (Catamarca, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Córdoba, Neuquén, Provincia de Buenos Aires y Santa Fe) e internacional (Costa Rica, España, México y Uruguay), y junto a Ignacio Rodríguez entrevistamos individual y grupalmente a un total de 11 profesionales de la Provincia de Buenos Aires (ver De Stéfano y Rodríguez, 2021). Además, asistí a diversas capacitaciones, impartí otras donde tuve la oportunidad de conocer las experiencias de equipos de diferentes provincias del país (Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Córdoba, Jujuy, Provincia de Buenos Aires, Santa Cruz y Santa Fe), y participé en congresos, seminarios y ateneos profesionales sobre la atención a hombres que ejercieron violencia. Gracias a estas actividades he tenido innumerables conversaciones con decenas de profesionales sobre sus experiencias laborales.

Además de este extenso trabajo de campo, para esta investigación se realizaron 8 entrevistas en profundidad a profesionales que trabajan o trabajaron en alguno de los programas para hombres que ejercieron violencia contra las mujeres en el Área Metropolitana de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe. Los y las profesionales se han seleccionado siguiendo un muestreo de conveniencia no probabilística ni aleatoria, de acuerdo a las oportunidades de acceso que me permitió el trabajo de campo etnográfico. Fueron seleccionados siguiendo la heterogeneidad como criterio metodológico y la ponderación de sus experiencias de acuerdo a los objetivos del proyecto, conocidas previamente en conversaciones informales durante el trabajo de campo. Para seleccionar la muestra final procuré contar con la mayor diversidad posible en términos de género (hombres y mujeres cis), sexualidad (hetero y homosexual), edad (entre 30 y 65 años), formación (psicología, psicología social, trabajo social, antropología, filosofía, entre otras), carácter de la institución en la que trabajan (público, privado o mixto), retribución (trabajo remunerado o voluntario), años de experiencia (desde 6 meses hasta 10 años) y tipo de trabajo (coordinación de grupos y supervisión de equipos). Quienes trabajan con hombres que ejercieron violencia en Argentina forman parte un grupo muy reducido, de manera que, para garantizar el anonimato de quienes participaron en esta investigación, a lo largo del artículo se utilizarán seudónimos y sólo se ofrecerá la profesión y algún antecedente personal o profesional relevante para el análisis. Las entrevistas realizadas a Fernanda y Leticia fueron realizadas en 2024, a Fernanda, Malva, Julián, Ernesto y Samuel en 2025, y a Lázaro en 2026.

Cuando lo profesional se vuelve personal: resistencias, economía disciplinar e inmunidad

Francisca empezó a interesarse en el trabajo con hombres que ejercieron violencia a partir de su militancia en el feminismo popular, que la llevó a coordinar talleres para mujeres, donde la cuestión de la violencia en los vínculos era un tema recurrente. Durante una de las actividades de militancia donde también par-

ticipaban hombres, se enteró que uno de ellos ejercía violencia sobre una compañera y, además de verse inicialmente sorprendida y asustada, sintió que necesitaba intervenir de alguna forma. Hasta entonces, las intervenciones con las que estaba familiarizada en la universidad y los espacios comunitarios estaban enfocadas en proteger a las mujeres. Pero a Francisca la inquietaba la idea de hacer algo con aquellos hombres y empezó a orientar su trayectoria académica y militante en esa dirección. Las resistencias no tardaron en llegar. Todavía hoy relata con incredulidad cuando, por entonces, le dijeron que trabajar con hombres que ejercieron violencia era como trabajar con genocidas en lugar de hacerlo con los familiares de los desaparecidos en la última dictadura militar. Esta experiencia de Francisca muestra uno de los primeros aspectos por lo que este trabajo puede volverse algo personal. Sin embargo, no se trata de algo excepcional: existen diversos registros de las acusaciones y presiones a las que deben enfrentarse quienes trabajan con estos hombres, ya sea desde la investigación (Martínez-Moreno, 2022), las políticas públicas (De Stéfano Barbero, 2023) o desde el poder judicial (Papalía, 2024).

En un punto de su trayectoria, otra de las trabajadoras entrevistadas, Fernanda, decidió dejar de trabajar con mujeres que sufrieron violencia para pasar a hacerlo con los hombres que la ejercieron. Esa decisión la llevó a enfrentar las resistencias de sus compañeras, que planteaban la cuestión como un juego de suma cero: los recursos destinados a la, por entonces, reciente política de atención a hombres agresores, eran recursos que se le quitaban al trabajo con mujeres víctimas, históricamente caracterizado por la escasez de personal y financiación[4]. Fernanda se encontró, además, con una resistencia diferente; cuando fue a despedirse de los grupos de mujeres con los que trabajaba, ellas le dijeron: "Nos dejás y te vas con ellos". En sus palabras: "me lo planteaban como una traición". Otro de los entrevistados, Samuel, recuerda que en varias de las instituciones en las que trabajó recibieron mensajes por redes sociales tratando a los equipos de "cómplices machistas" por atender a hombres que ejercieron violencia.

En otro trabajo analicé algunas de estas resistencias y acusaciones planteando, junto a las ideas del sociólogo canadiense Erving Goffman (1963/2015), que la estigmatización de los hombres que ejercieron violencia puede alcanzar a quienes trabajan con ellos debido al "estigma por asociación" (*courtesy stigma*) (De Stéfano Barbero, 2023). A partir de las experiencias de Francisca, Fernanda y Samuel desarrollaremos un enfoque complementario pero diferente. El antropólogo estadounidense Nitzan Shoshan (2015), judío que hizo un trabajo etnográfico sobre los neonazis en Berlín, reflexiona en "Más allá de la empatía", sobre el lugar que ocupa lo "desagradable" en nuestras "economías disciplinares", y señala la tendencia que tenemos a trabajar con quienes sufren y solo tangencialmente con quienes hacen sufrir. El autor retoma los trabajos de Banks, Gingrich y Whitehead (como se citó en Shoshan, 2015, p. 151), para señalar cierta predisposición a trabajar con quienes podamos simpatizar e identificarnos, representar positivamente y contribuir al reconocimiento de su situación y sus demandas. De manera que es habitual que recaigan sospechas sobre quienes trabajan con hombres que ejercieron violencia: ¿por qué interesarse por sus perspectivas y experiencias cuando son las mujeres quienes sufren la violencia, precisan protección y reclaman justicia? Algo de estas sospechas sintió Ernesto cuando en su trabajo le asignaron la tarea de coordinar grupos para hombres que ejercieron violencia:

> entre las compañeras de la universidad se iba dando una cuestión de vigilancia: ¿este por qué trabaja esta temática?, ¿a este qué le pasó?, ¿por qué se metió acá?, ¿es violento?, ¿tiene un pasado violento y por eso está tratando de reparar?

Lo sepamos o no, queramos o no, cuando elegimos trabajar sobre un tema o con ciertos grupos, nos insertamos en un campo discursivo en disputa, donde cada actor nos convocará a tomar una posición y en el que su propia posición será relativa a la nuestra (Shoshan, 2015). En el trabajo sobre violencia, las posiciones suelen limitarse a un reduccionismo dicotómico entre

4 Una perspectiva alternativa supone considerar el trabajo con personas afectadas por la violencia desde un enfoque integral y comunitario que reconoce la prioridad y urgencia en la protección y acompañamiento de las mujeres y niños/as que sufren violencia, pero considera fundamental el trabajo de prevención, responsabilización y transformación de los hombres que la ejercieron, como parte del mismo objetivo. Esto se debe a que el trabajo con hombres que ejercieron violencia impacta no solo en las mujeres y niños/as que ya la sufrieron, sino que también lo hace potencialmente en las mujeres que pueden vincularse en el futuro con esos hombres, y en los niños/as que puedan tener, así como en las familias de origen, los vínculos de amistad y los espacios de trabajo, entre otros aspectos de la vida de los hombres (ver Fabbri y Rodríguez, 2020; Viña y De Stéfano Barbero, 2023).

TRAMAS SOCIALES • N° 08 | ISSN: 2683-8095

víctimas y victimarios, violentos y pacíficos, morales e inmorales, justos e injustos, humanos e inhumanos, nosotros y ellos; a fin de cuentas, entre el bien y el mal (Martínez-Moreno, 2022; Shoshan, 2015). Uno de los principales obstáculos para el trabajo con quienes ejercieron violencia se encuentra en las emociones, ideas y fantasías que provocan en los demás, ya se trate de colegas de profesión o militancia, público lego, o personas involucradas en el tema desde otras posiciones (González-Saiz, 2024). Como advirtió la socióloga española María Jesús Izquierdo (2007), el ámbito de la violencia de género está plagado de palabras signo que no son puestas al servicio de las ideas y la reflexión, sino que funcionan como activadoras de actos reflejos y desencadenantes de respuestas irreflexivas. Este trabajo implica abordar una serie de elementos que nos son comunes —poder, violencia, sufrimiento, relaciones de género, de pareja, transformación subjetiva y social, entre otros— dando lugar a quienes eventualmente se han encontrado del lado, digamos, "negativo" de las dicotomías. De manera que las respuestas afectivas, intelectuales y morales que puedan generar sus experiencias y perspectivas provendrán presumiblemente de quienes se autoperciban "del otro lado" de ellas. No es extraño encontrar entonces respuestas defensivas en las que se proyecten sobre los y las profesionales los afectos de rechazo que generan al recordarnos aquello que nos resulta perturbador: experiencias de dolor, pero también aquello de nosotros/as mismos/as que preferimos ignorar y seguir considerando como una característica del otro, que queda fijado como portador de la amenaza y del daño. Podríamos considerar estas respuestas como "afectos inmunitarios", que Quintana (2021) entiende como respuestas que generan la afirmación de sí desde el rechazo de un otro:

> Ante lo identificado como riesgo o amenaza los cuerpos se cierran sobre sí, angostan su percepción, simplifican el campo de experiencia, dejan de sentir relaciones entre las cosas; separan y ponen en contra unos actores respecto a otros; desarrollan visiones unilaterales de un mundo complejo (p. 19).

Así, en el campo del trabajo sobre la violencia es frecuente encontrar escenarios profesionales, académicos o militantes donde se espera un "nosotros" cohesionado que ofrezca representaciones de quienes ejercen violencia que generen afectaciones congruentes con lo que se espera sentir hacia ellos: enojo, asco, indignación, odio. Dar lugar a la complejidad de sus experiencias puede generar afectos inesperados —simpatía, empatía, compasión, comprensión— y desencadenar respuestas inmunitarias que desplacen los afectos de rechazo desde ellos hacia quienes osan "humanizarlos" (De Stéfano Barbero, 2023; Martínez-Moreno, 2022). Las lógicas inmunitarias operan entonces como protección frente a los aspectos incómodos y problemáticos que supondría ir más allá del acto reflejo del rechazo a la violencia y a quienes la ejercen para exponerse a la "radical alteridad de lo que puede pasar" cuando se incorpora una disposición abierta a la "contingencia del no saber" (Quintana, 2021, p. 64). Como veremos, las mismas afectaciones inesperadas pueden ofrecer a quienes se dispongan a alojarlas y a enfrentarse a los conflictos que traen consigo, una gran potencia de transformación a nivel (inter) personal, profesional y social.

Lo profesional como conflicto personal: violencia, recuerdos e inmanencia

A pesar de las resistencias, Francisca decidió trabajar en espacios de atención para hombres que ejercieron violencia. Durante las conversaciones que tuvimos en sus primeros meses de trabajo, aludió varias veces a las formas en las que las experiencias compartidas en los encuentros grupales se conectaban con su propia historia y a cómo esa conexión llegó a afectarla personalmente:

> Escuchar las situaciones que comparten otros me acerca todo el tiempo más a mi historia. Me hace pensar en mis relaciones con parejas, con familiares, con amigos. Entonces, nada, es verlo como muy cerca todo el tiempo, estar revisándolo, y ver mucho también la violencia que había vivido yo. Me ha pasado de estar coordinando algún grupo donde se relataron situaciones de violencias sexuales y que me movilice muchos recuerdos de violencia sexual en mi vida.

Los efectos de la movilización que sintió Francisca coinciden con diversas investigaciones clínicas en las que se registró que las personas que trabajan con quienes vivieron situaciones traumáticas pueden tener síntomas análogos, hayan sufrido o no ellas mismas eventos similares. Es por ello que se han desarrollado conceptos como "víctima secundaria", "trauma secundario" o "trauma vicario" (Cuadro, 2025; Iliffe y Steed, 2000; McCann y Pearlman, 1990; Tyagi, 2006; Velázquez, 2012). Estos conceptos pueden contener elementos de lo que conocemos como "síndrome de burnout", pero tienen además algunas especificidades vinculadas al trabajo con la violencia y el trauma, por ejemplo, sensaciones de vulnerabilidad y temor al encuentro con el otro (Gold-

TRAMAS SOCIALES • N° 08 | ISSN: 2683-8095

blatt et al., 2009; Iliffe y Steed, 2000; Velázquez, 2012). Francisca mencionó algunas de estas sensaciones mientras conversábamos sobre cómo creía que le había afectado este trabajo a su relación con los demás:

> Me pasa como que veo violencia en todas partes, como que me cuesta vincularme con los demás [...] No necesariamente digo que el otro se está manejando de esa manera [con violencia], pero a mí hay algo del sistema, de la forma, de eso, que no... No sé, me atravesó algo, no sé si es que veo violencia en todo, pero sí siento como advertencias al menos.

La expresión de Francisca —"veo violencia en todas partes"— condensa varias de las posibles formas en las que trabajar con personas que sufrieron o ejercieron violencia puede afectar a los y las profesionales. Para analizarlas, es importante considerar que las experiencias de quienes participaron de esta investigación tuvieron lugar en un contexto de creciente visibilización y problematización de la violencia en Argentina, la región y el mundo, que viene produciéndose, con avances y retrocesos, al menos desde el año 2015. El 3 de junio de aquel año, periodistas, artistas y activistas llamaron a manifestarse en todas las plazas del país tras una serie de femicidios, dando inicio al movimiento Ni Una Menos, una expresión feminista transversal que supuso un punto de inflexión en la lucha contra la violencia de género y es considerado como el inicio de la cuarta ola feminista en Argentina (Natalucci y Rey, 2018).

En este contexto, y siguiendo el lema feminista que reza que "lo personal es político", consideraremos las diversas formas en las que las dimensiones de lo personal y lo profesional pueden verse afectadas por lo político. En primer lugar, podemos considerar que, como en el caso de Francisca, quienes trabajan en el campo de la violencia pueden tener la sensación de ver violencia en todas partes porque las experiencias relatadas en los espacios grupales pueden llevarles a recordar sucesos que podrían haber permanecido hasta entonces en el olvido (Cuadro, 2025), o a resignificar situaciones normalizadas en un contexto en el que todavía no se consideraba masivamente la violencia contra las mujeres como un concepto ni un problema social (Goldblatt et al., 2009). La intensidad emocional que supone el trabajo cotidiano sobre violencia puede entonces continuar fuera del horario laboral, especialmente para quienes militan o están en estrecho contacto con el feminismo, y derivar en respuestas indeseadas profundamente movilizantes, como los recuerdos que emergieron en el caso de Francisca, las pesadillas vinculadas a los hombres y la violencia que acosaron a Ernesto durante sus primeros años de trabajo, o los pensamientos intrusivos que pueden incluir escenas en las que se violenta a los hombres con los que se trabaja, como registraron las psicoanalistas estadounidenses Mitchell y Melikian (1995)[5].

En segundo lugar, se puede tener la sensación de que la violencia está en todas partes porque trabajar en este campo suele poner en movimiento una suerte de fuerza centrípeta que atrae hacia los y las trabajadoras multitud de relatos de todo tipo de personas, cercanas o desconocidas, que suelen buscar consejo, referencias o desahogo frente a la violencia que vivieron en carne propia o vivieron terceros, incluso sobre casos que les son ajenos, pero alcanzaron relevancia mediática. Especialmente a partir de la visibilización creciente de la violencia que impulsó el movimiento Ni Una Menos —en el que una de las consignas fue, significativamente, "No nos callamos más"—, fue tal la proliferación de relatos sobre las experiencias de las mujeres, que fue tomando forma una sospecha: ¿cómo es posible que todas las mujeres tengan una amiga violentada, y ningún hombre tenga un amigo violento? En otros trabajos intenté responder a esa pregunta por dos vías. Por un lado, la relación de los hombres con la violencia está atravesada por el silencio, porque los conflictos de pareja forman parte de su vida afectiva, a la que consideran parte de su vida privada: como decían los hombres que participaban de los grupos que coordiné, "la información es poder" y "si uno dice lo que le pasa se muestra vulnerable". Para los hombres que entienden las relaciones de género como relaciones jerárquicas —algo frecuente entre quienes ejercieron violencia—, el silencio es ventaja y protección (De Stéfano Barbero, 2021). Por otro lado, quien ejerció violencia podría preferir no haberlo hecho e incluso estar dispuesto a buscar ayuda. Pero hoy, la violencia, especialmente la que tiene lugar en un vínculo de pareja, se encuentra visibilizada y problematizada pero también estigmatizada; sigue

5 Por experiencias conflictivas como estas es que quienes se dedican a la supervisión de equipos profesionales en el campo de la violencia (Ávalos, 2025) destacan la importancia de tener un espacio de terapia psicológica individual donde analizar las formas en las que la violencia atraviesa la propia historia. También se recomienda participar de espacios de supervisión junto al equipo para poner palabras a los malestares, trabajar sobre las escenas temidas en la coordinación de grupos y desarrollar estrategias de cuidado individuales y colectivas.

TRAMAS SOCIALES • N° 08 | ISSN: 2683-8095

considerándose más como una característica de una otredad indeseable con la que nadie quiere reconocerse, que una conducta compartida por la humanidad de la que nadie puede excluirse de una vez y para siempre (De Stéfano Barbero, 2021a). Mientras así sea, seguirá siendo el silencio lo que caracterice la relación entre la violencia y quienes la ejercen.

Durante los años que llevo trabajando e investigando en el campo de la violencia, escuché muchísimos relatos de personas desconocidas, amistades, colegas y trabajadores/as de este ámbito en los que me contaron las formas en las que habían ejercido o sufrido violencia. Por momentos, yo también tuve la impresión de que la violencia estaba en todas partes. Mientras conversaba con Lázaro, quien trabaja con hombres que ejercieron violencia y supervisa equipos de atención, le pregunté cuál era su percepción sobre la frase y, en su respuesta, introdujo una variable clave: "la violencia puede estar en todas partes, pero en diferente grado". Allí donde la violencia parece impregnarlo todo, la frase de Lázaro trae consigo la posibilidad de distinguir y precisar[6], y nos conduce a la siguiente de las posibles afectaciones que analizaremos en este apartado.

En tercer y último lugar, trabajar en este campo puede generar lo que las psicólogas australianas Gillian Iliffe y Lyndall Steed (2000) llaman una "conciencia extrema" sobre la violencia que, si bien podría traducirse en una perspectiva más realista del papel que tienen el poder y el control en las relaciones sociales y de género, también podría derivar en una visión "distorsionada" sobre la violencia, como si se tratara de un fenómeno ubicuo. Por ejemplo, podría considerarse que todas las relaciones —pero particularmente las de hombres y mujeres cis heterosexuales— están inevitablemente atravesadas por la violencia, o que allí donde hay poder, habrá necesariamente violencia (Tyagi, 2006). Quienes trabajan en este campo suelen encontrar que los conflictos que llevaron a estos hombres a ejercer violencia, vinculados generalmente a las relaciones de género y poder en sus vínculos, no son especialmente diferentes de los que pueden tener ellos y ellas con sus parejas. Aunque los hombres con los que trabajan usaron la violencia, la constante escucha de conflictos similares a los propios podría llevar a quienes trabajan con ellos a sentir una mayor amenaza en su vida personal que la que podrían sentir si trabajaran asistiendo a personas atravesadas por otro tipo de problemas (Cuadro, 2025; Goldblatt et al., 2009). Como señalan Iliffe y Steed (2000), el trauma vicario o la victimización secundaria entre quienes trabajan sobre violencia pueden incluir síntomas de trastorno de estrés postraumático (TEPT) a corto plazo, pero también cambios más o menos duraderos en las creencias y expectativas sobre sí y los demás, especialmente cuando no se han desarrollado todavía "defensas psicológicas fuertes" (Tyagi, 2006, p. 10), se ha sido "testigo" de experiencias que dialogan con la propia historia y no se ha tenido la oportunidad de hablar sobre ello, como le sucedió a Francisca cuando comenzó a trabajar en este campo.

Para seguir incorporando al análisis los contextos en los que se producen estas afectaciones, podemos considerar que la percepción de la violencia como algo omnipresente y las consecuencias que ello genera no se limitan a las experiencias de quienes trabajan específicamente sobre este campo, estén sufriendo los efectos del trauma vicario o no. La antropóloga argentina Catalina Trebisacce (2019, 2020) analiza el largo proceso por el que el feminismo fue desplazando el uso de conceptos como opresión o discriminación y haciendo de la violencia el significante amo para nombrar una amplia gama de experiencias de las personas subalternizadas, sobre todo mujeres cis. Esta decisión estratégica y performática fue clave en la fundación del "paradigma de la violencia de género" (Pitch, 2003), en su construcción como un problema social y en el reclamo de intervención por parte del Estado. Sin embargo, como señalan diversas voces desde el feminismo antipunitivista, el paradigma de la violencia de género también redujo drásticamente las posibles formas en las que se comprenden y viven los conflictos, el daño, el dolor o el poder en las relaciones de género (ver Cuello y Morgan, 2018; Daich y Varela, 2020; Schulman, 2023). La reciente y creciente visibilidad de la violencia, potenciada a su vez por la polisemia, ambigüedad y variabilidad empírica que suele caracterizar al concepto (Garriga Zucal y Noel, 2010), podría haber traído, entonces, un efecto subjetivante (Trebisacce, 2019) y llevarnos a percibirla como una presencia inmanente y amenazante, que define nuestra subjetividad de acuerdo a nuestra relación con ella, generalmente, además, en términos dicotómicos, exhaustivos y excluyentes.
Para quienes participaron de esta investigación, la pre-

6 Por mencionar un ejemplo, el trabajo del sociólogo estadounidense Michael P. Johnson (2008) ofrece una tipología de la violencia doméstica que introduce distinciones y precisiones conceptuales relevantes tanto para el campo de la investigación como para el de la intervención: terrorismo íntimo, resistencia violenta y violencia de pareja situacional. Para una distinción entre daño, conflicto y violencia, puede verse el trabajo de Sarah Schulman (2023).

sencia de la violencia pudo haber sido abrumadora por momentos. Pero si algo parece caracterizar la relación entre lo personal, lo profesional y lo político que tienen quienes llevan años trabajando en el campo de la violencia, es la transformación. Cada una de las experiencias que mencionamos en este artículo es una posibilidad entre muchas, un momento entre otros, dentro de una trayectoria. Durante mi trabajo de campo escuché en innumerables ocasiones que esto "no es para todo el mundo", que hay personas que "no lo aguantan", y es sabido que el recambio de personal es más que frecuente. Esto puede deberse, como hemos visto, no solo a que es un trabajo sometido a sospechas y acusaciones, que además suele ofrecer malas condiciones de empleo y trabajo (Aguayo et al., 2021; De Stéfano Barbero, 2026), sino a que suele poner a quienes lo hacen en una posición de vulnerabilidad, en un sentido particular, que veremos a continuación.

Lo profesional como transformación personal: vulnerabilidad y resignificación

Malva reconoce que trabajar con hombres que ejercieron violencia le afectó muchísimo desde el primer día. Llegó a trabajar con hombres sin buscarlo, producto de una serie de decisiones fortuitas que tomaron los altos cargos de su trabajo, donde se dedicó inicialmente a trabajar con mujeres y dando talleres sobre sexualidad. Así reconstruye lo que sintió cuando le informaron que debía empezar a trabajar con hombres que ejercieron violencia:

> Yo entendía que había que trabajar con hombres, pero me daba miedo. […] Cuando estaba en otras áreas [de trabajo] pasaba rápido por el pasillo donde estaban ellos. […] Yo no sabía dónde me iba a meter; me estaba metiendo a trabajar con hombres en un momento donde casi no había hombres en mi vida. Yo trabajaba con mujeres, tenía amigas mujeres, compañeras mujeres, y de golpe: ¿Qué es esto del hombre? Cómo convivir con los hombres era también mi gran desafío de ese momento, para mí el hombre era un misterio, mi mundo era de mujeres. […] Yo odié mucho tiempo a los hombres. Los odié, realmente los odié, hasta tenía dudas si era lesbiana, a ese punto. Era algo que no podía… Para mí siempre fue una intriga, un misterio, un no entender a los hombres, no saber por dónde…, sentirlos patéticos, pero por otro lado intrigantes, como: "che, ¿qué hay detrás de esto?".

Cuando le pregunté a Malva si todavía hoy odiaba a los hombres y me dijo que sí, para negarlo inmediatamente entre risas, quise saber qué creía que podría haber cambiado desde ese momento hasta hoy. Malva se refirió a un proceso de "apertura" que la llevó a "conmoverse". La apertura (*openness*) es un concepto clave para la teoría de la vulnerabilidad, tal y como la entiende, entre otras autoras, la filósofa estadounidense Erinn Gilson (2014), que la considera como una posición de apertura hacia el mundo y las experiencias caracterizada por la afectabilidad, la ambigüedad y la ambivalencia. En una posición vulnerable, podemos encontrarnos con la incertidumbre, el riesgo y la exposición emocional, y eventualmente con la posibilidad de sufrir un daño. Pero la vulnerabilidad no se reduce a una u otra forma de afectación, sino a la (dis)posición que la permite, y que también hace posibles experiencias como la interdependencia, la transformación, el crecimiento o la profundización de los vínculos con otros[7] (ver Brown, 2016; Butler, 2020; Gilson, 2014; Seguró, 2021).

Gracias a su espacio de terapia y a su experiencia de trabajo, Malva fue sintiendo que su odio no era algo "cerrado" y se permitió explorarlo. Encontró cuánto de él estaba vinculado a "situaciones particulares" con su padre, y gracias a los relatos de los participantes de los grupos pudo considerar también cuánto de las experiencias de los hombres, que eran un "misterio" para ella, estaban vinculadas a sus "limitaciones, falta de posibilidades y de oportunidades". La experiencia de Malva coincide con las investigaciones que señalan que el trabajo sobre violencia en la pareja puede espejar las relaciones actuales y pasadas de los y las trabajadoras (Goldblatt et al., 2009). Su trabajo la llevó a tener conversaciones significativas y profundas con los hombres de los grupos, tanto que le dio la sensación de que "hablaba más con esos tipos" que con sus "propios hombres". Hoy, dice dejarse "atravesar" por el trabajo, y le parece que eso "suma", "porque es un trabajo humano":

> Me fascina incomodarme, me fascina que me incomoden. También me pasa eso. Yo estoy en el grupo y pienso yo los problemas que tengo con mi pareja, ¿entendés? Para mí es parte de la vida. […] De hecho, me sirve incluso para hablar cosas con mi pareja, de mi relación, tipo: "no sabes lo que le

7 En un artículo anterior utilicé el concepto vulnerabilidad para analizar la relación entre masculinidad, emociones y violencia de género (ver De Stéfano Barbero, 2022).

TRAMAS SOCIALES • N° 08 | ISSN: 2683-8095

> pasa a este pibe con la novia", ¿viste? Es un ida y vuelta, no hay ahí una cosa muy clara, yo creo que la enriquece a mi vida personal.

La experiencia de Malva muestra que una disposición a la apertura en el trabajo con hombres que ejercieron violencia puede llevar a que los y las trabajadoras cuestionen sus preconceptos iniciales y vayan más allá de perspectivas dicotómicas (Bailey et al., 2012). Eventualmente, ella fue pasando de la incomprensión y el odio al reconocimiento de lo que define como "la complejidad humana", y agrega: "no puedo encasillar a nadie más. En el espacio lo primero que decimos es eso: 'No nos interesan los blancos y negros, amamos los grises'".

También Francisca y Ernesto se valieron de la movilización inicial que les produjo el trabajo para abrirse a una posición vulnerable desde la que pudieron cuestionar sus relaciones (sexo)afectivas. Francisca se atrevió a tener conversaciones profundas con su padre y otros afectos, que la llevaron a transformar sus vínculos familiares y afectivos. Ernesto, por su parte, reconoce que este trabajo lo "transformó como hombre", lo llevó a reconocer las formas en las que pudo haber hecho daño en sus relaciones, y todavía hoy lo sigue transformando con las "millones de preguntas" que le genera.

Como hemos visto, la relación entre lo personal y lo profesional en el trabajo sobre violencia está signada por la mutua afectación y el dinamismo, y puede derivar en transformaciones singulares en las vidas de los y las trabajadoras. Tal es así, que la psicóloga israelí Hadass Goldblatt y su equipo (2009) señalan que los hombres que ejercieron violencia y quienes trabajan con ellos "crean conjuntamente la realidad" en sus encuentros. Como veremos, cuando los y las profesionales se disponen a la vulnerabilidad y la apertura, sus experiencias de trabajo pueden afectar el sentido que dan a la violencia en sus vidas y transformar el lugar que ocupa en su pasado, su presente y su futuro.

Fernanda cree que no es casualidad que trabaje con hombres que ejercieron violencia, porque siempre hay un "puntito ciego de la historia personal" que se pone en juego entre quienes trabajan en este tema. En su caso, las situaciones de violencia en su infancia y la muerte de su padre cuando era todavía una niña le permiten hoy tener "otro tipo de escucha" en los grupos con hombres, y, a su vez, su trabajo le permite vincularse en el presente con esa parte de su historia atravesada por la violencia:

> Trato de ser la profesional que me hubiese gustado que en su momento hubiese intervenido. Cuando veo estas cuestiones desde ese lugar, sí hay como un compromiso y una gratificación, a pesar del cansancio. […] Entonces, cuando empezás a rascar encontrás que hay un puntito, que decís: "Ah, con razón, te quedaste acá y te gustó", ¿no? Y creo que en esto de trabajar la masculinidad y el ser hombre, con todo el peso que implica, hay algo de la historia personal de alguna manera, más allá de otras cuestiones que también hacen que haya un interés de eso, de decir: "no puede ser que no se pueda hacer nada" […] Casi como una metáfora interna te diría, desde mi rol profesional: si yo sé, como persona, que puede haber un cambio, que la realidad puede ser otra, entonces es mi deber como profesional tratar de transmitirle a la persona que tengo enfrente que se puede.

Leticia, otra de las entrevistadas, trabajó durante años atendiendo mujeres que sufrieron violencia en una oficina del Estado y luego comenzó a trabajar coordinando grupos para hombres que ejercieron violencia. Cuando le pregunté si trabajar en este campo afectó de alguna forma su vida personal reconoció entre risas que trabaja en este campo "precisamente" por una cuestión personal. Para ella, ese es el motivo por el que se sostiene trabajando con un tema "tan denso", y cree que de otra forma no lo podría sostener: "El haber padecido violencia en la infancia hace que una haya sostenido las preguntas de por qué, los interrogantes, las incomodidades como búsqueda". Durante la conversación, Leticia me explicó cómo entiende la relación entre su historia y su trabajo:

> De más chica, las padecí. De más grande, fui testigo y di testimonio. Eso es lo que yo hacía con las mujeres, daba testimonio de situaciones de violencia. Eso es lo que yo hago en los juicios. Voy como testigo de contexto de violencia de género. Entonces, la padecí, fui testigo y di testimonio, y en las coordinaciones [de los grupos de hombres] tengo un papel más activo con esas situaciones de violencia. Intento pensarlas con otros, elaborarlas, destrabarlas, quedo inmersa, puedo ser más neutral, puedo tomar distancia. […] Algo te atraviesa a vos para sostener una temática tan densa en el tiempo, alguna pregunta, una búsqueda de respuesta, de entendimiento, de conciliación.

En las experiencias de Fernanda y Leticia, el lugar que dan a la violencia en su propia historia les permi-

te encontrar un sentido de propósito, una motivación diaria para el trabajo y una disposición particular a la apertura y la escucha. Pero también muestran que una posición vulnerable, abierta a afectar y dejarse afectar, les permite establecer conexiones entre lo personal y lo profesional; conexiones que ofrecen la posibilidad de seguir redefiniendo el lugar que ocupa la violencia en sus propias historias.

Distancia, reflexividad y un apunte sobre otras posibles afectaciones de la posición vulnerable

Durante las entrevistas, los y las profesionales, especialmente quienes se formaron en psicología, trabajo social y psicología social, mostraron tener entre su repertorio conceptual ideas vinculadas a lo que se conoce como "distancia emocional adecuada" o "disociación instrumental" (Velázquez, 2012). Samuel considera que la "barrera profesional" es importante para el trabajo, especialmente porque puede haber procesos de identificación con algunas experiencias que los hombres comparten en los grupos; por ejemplo, sobre la infancia, el amor o la paternidad. En esos momentos, dice, es importante hacer un "ejercicio consciente", y distinguir "qué es lo que diría el ser humano en una charla de café y que es lo que diría el ser profesional". Advierte que, si bien "coexisten todo el tiempo", él elige ver "hasta dónde se puede correr la distancia profesional" para "estar siempre más cerca de lo humano". Desde esta perspectiva, considera adecuada la opción de compartir algo de lo personal con el grupo, siempre que esté vinculado a los objetivos del trabajo grupal, por ejemplo, para "humanizar" la posición de la coordinación o cuestionar los mandatos de masculinidad. En la misma línea lo piensa Malva; para ella, compartir algunas experiencias personales puede ayudar a que los hombres trabajen sobre la humanización de las mujeres. Fernanda, en cambio, si bien reconoce que siempre algo de lo personal puede ponerse en juego, prefiere no hablar de sí misma con los hombres con los que trabaja, y aclara: "mi historia es mi historia, nunca trabajo a partir de mi experiencia"; lo que no quita que trabaje con "cordialidad", buscando "la empatía, la subjetividad y la sensibilidad" de los hombres. Siguiendo a la psicóloga canadiense Smita Vir Tyagi (2006), es importante hacer un ejercicio reflexivo sobre cuánto del estilo de trabajo responde a una elección profesional, y cuánto podría responder a las formas en las que el trabajo puede llegar a afectar lo personal, lo que podría traducirse en que no se comparta nunca información personal por temor a que los participantes se extralimiten o, por el contrario, hacerlo en exceso, perder de vista los objetivos del trabajo y dar, precisamente, más elementos sobre los que podrían eventualmente extralimitarse.

Fernanda reconoce que "el costo de sostener la disociación instrumental es alto" y que "no hay que dar por sentado que el profesional puede hacerlo". La experiencia de Julián, uno de los profesionales entrevistados que en su historia sufrió particularmente la violencia masculina por no ser heterosexual, muestra cómo este trabajo puede exponernos a nuestras propias experiencias y desafiar los límites de la profesionalidad:

> Yo no tenía problemas para intervenir salvo en estas situaciones donde ellos me querían involucrar a mí como varón en todas sus ideas. […] Hasta incluso yo veía en ellos cosas que uno vive, por ejemplo, en la escuela, ¿no? Esto de querer generar conmigo una alianza para hablar de mujeres en cuanto a lo sexual, y yo eso no… A mí eso me incomodaba porque yo no compartía lo mismo y en esas cuestiones me hacían acordar por ahí a cosas más personales de otros momentos. […] Ahí era como difícil marcar esa disociación instrumental que uno necesita como profesional.

Esto coincide con diversas investigaciones que muestran otros posibles efectos de la posición vulnerable a la que nos expone el trabajo sobre violencia, cuando la resonancia con la propia historia genera respuestas que responden más a posiciones subjetivas que profesionales. Así, puede suceder que los y las profesionales eviten intervenir en situaciones que les evoquen conflictos personales por los que pueden todavía estar sufriendo, o pueden tener intervenciones reactivas en las que proyecten su malestar y su ira sobre los hombres con los que trabajan (Billand y Paiva, 2017; Carrasco, 2022; Goldblatt et al., 2009; Mitchell y Melikian, 1995; Tyagi, 2006). Es decir, las respuestas inmunitarias (Quintana, 2021) son parte de las resistencias sociales a las que tienen que enfrentarse quienes trabajan con hombres que ejercen violencia, y a su vez pueden tenerlas contra los hombres con los que trabajan, e incluso contra otros miembros del equipo profesional. Tanto las cuestiones de las relaciones entre la historia personal, los afectos inmunitarios y las prácticas punitivas, como las especificidades de las posiciones de género de quienes coordinan estos espacios merecen artículos dedicados exclusivamente a ello. Aquí sólo se han avanzado algunas ideas para dar cuenta de cómo la vulnerabilidad, en su ambigüedad característica, puede ofrecer las condiciones de posibilidad para, en

TRAMAS SOCIALES • N° 08 | ISSN: 2683-8095

un extremo, mitigar el odio hacia los hombres —como en el caso de Malva—, y en el otro, desplegar afectos de rechazo desde la posición de poder que supone el lugar de coordinación de estos espacios.

Conclusiones

El análisis de las experiencias de quienes trabajan con hombres que ejercieron violencia contra las mujeres muestran que las dimensiones de lo personal, lo profesional y lo político, lejos del ideal de la distancia, parecen afectarse mutuamente con frecuencia, de maneras intensas y diversas.

En primer lugar, hemos visto cómo lo profesional puede volverse personal a través de las resistencias, acusaciones y sospechas que pueden generar la misma elección del tema, la decisión de trabajar con quienes ejercen la violencia o el cuestionamiento de ciertos estereotipos o prejuicios sobre ellos. Al analizar estas experiencias, hemos advertido que las relaciones entre lo personal y lo profesional incluyen dimensiones vinculadas a lo disciplinar, lo intelectual, lo moral y lo afectivo, y que pueden generar respuestas inmunitarias.

En segundo lugar, el trabajo con hombres que ejercieron violencia puede traer conflictos en lo personal, ya que el "ser testigo" de sus relatos, pero también de los de otras personas que sufrieron o ejercieron violencia puede evocar recuerdos o resignificar hechos que hasta entonces no eran percibidos como violencia. Es posible entonces que la violencia sea percibida como un fenómeno ubicuo. Sugerimos que, más allá de los enfoques clínicos, estas experiencias pueden interpretarse considerando el contexto social en el que tienen lugar, y analizarse considerando las diversas formas en las que las dimensiones de lo personal y lo profesional pueden verse afectadas por lo político. La cuarta ola feminista ha contribuido a la problematización y visibilización de una diversidad de experiencias de sufrimiento en las relaciones de género, pero también a que se hayan percibido de acuerdo a ciertas definiciones conceptuales y paradigmas que llevaron a que la violencia se transforme en el significante amo, con el consiguiente impacto tanto para la subjetividad como para las formas en las que se entiende el trabajo con hombres que ejercieron violencia.

En tercer lugar, las experiencias de los y las profesionales muestran que las dimensiones de lo personal, lo profesional y lo político pueden afectarse a través de una (dis) posición vulnerable, que puede derivar en un proceso de apertura y posterior transformación de los siguientes elementos: a) las formas en la que se perciben las relaciones de género, afectivas y familiares; b) la concepción de los hombres con los que se trabaja y en la forma en la que se lo hace; c) el lugar que ocupa la violencia en el pasado, el presente y el futuro de los y las profesionales.

En cuarto lugar, abordamos los desafíos y oportunidades que suponen para los y las trabajadoras la distancia profesional y la disociación instrumental y sentamos las bases de otra de las posibles afectaciones que serán analizadas en próximos trabajos: la posición vulnerable a la que se exponen los y las trabajadoras puede generar no sólo transformaciones, sino afectos inmunitarios que deriven en intervenciones reactivas más vinculadas a posibles evocaciones de conflictos personales que a la consecución de objetivos profesionales.

Las experiencias analizadas en este artículo muestran la importancia de reconocer las formas en las que pueden afectarse las dimensiones de lo personal, lo profesional y lo político en el trabajo con hombres que ejercieron violencia, y el impacto que pueden tener estas afectaciones en la subjetividad, la salud mental, el ejercicio profesional y el cumplimiento de los objetivos de estos espacios. Es por ello que resulta vital que tanto los procesos de formación como los de supervisión profesional den cuenta de la mutua influencia entre estas dimensiones, de los conflictos y transformaciones que puede suponer, y que se ofrezcan espacios donde practicar la vulnerabilidad y la reflexividad sobre nuestras experiencias personales y profesionales sobre la violencia, atendiendo las particularidades de los contextos institucionales, sociales y políticos en los que se desarrolla nuestro trabajo.

Bibliografía

Aguayo, F., Lastra, V., Saavedra, P., Kimelman, E., Beiras, A. y Valladares, S. (2021). *Programas con hombres que han ejercido violencia basada en género en América Latina y el Caribe hispano.* Iniciativa Spotlight. https://www.spotlightinitiative.org/es/news/programas-de-reeducacion-de-hombres-que-han-ejercido-violencia-basada-en-genero-en-america

Ávalos, L. (2025). ¿Supervisar? ¿Para qué? Acerca de la supervisión de equipos que abordan la violencia por motivos de género. En A. Palazzesi y G. Vexina (Comps.), *Violencias en foco* (pp. 113-122). Glova.

Bailey, B., Buchbinder, E. y Eisikovits, Z. (2011). Male social workers working with men who batter: Dilemmas in gender identity. *Journal of Interpersonal Violence*, *26*(9), 1741-1762. https://doi.org/10.1177/0886260510372939

Bailey, B., Eisikovits, Z. y Buchbinder, E. (2012). Battering men and their male therapists: The different and the similar. *Journal of Family Violence*, *27*(5), 465-476. https://doi.org/10.1007/s10896-012-9433-5

Billand, J. y Paiva, V. (2017). Desconstruindo expectativas de gênero a partir de uma posição minoritária: como dialogar com homens autores de violência contra mulheres? *Ciência & Saúde Coletiva*, *22*(9), 2979-2988. https://doi.org/10.1590/1413-81232017229.13742016

Bourdieu, P. (2005). *La dominación masculina*. Anagrama.

Brown, B. (2016). *El poder de ser vulnerable*. Urano.

Butler, J. (2020). *La fuerza de la no violencia*. Paidós.

Carrasco, L. (2022). *Violencia misógina. Diseño integral de programas y sistemas de evaluación*. Tercero en Discordia.

Connell, R. y Pearse, R. (2018). *Género. Desde una perspectiva global*. PUV.

Cuadro, S. (2025). Profesionales: alojar al que aloja en el trabajo con violencias. Diferencias entre trauma vicario y burnout. En D. Baños Suffia, M. Cao Gené y C. Goggi (Dirs.), *Tratado de las violencias* (pp. 751-774). Raíces.

Cuello, N. y Morgan, L. (Comps.). (2018). *Críticas sexuales a la razón punitiva*. Ediciones Precarias.

Daich, D. y Varela, C. (2020). *Los feminismos en la encrucijada del punitivismo*. Biblos.

De Stéfano Barbero, M. (2026). "El elefante en la habitación": Desgaste, poder y violencia como riesgos psicosociales en los programas para hombres que ejercieron violencia contra las mujeres en Argentina. *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, 22.

De Stéfano Barbero, M. (2023). "Estás humanizando a los violentos". Reflexiones sobre las tensiones y resistencias en el trabajo y la investigación con varones que ejercen violencia. *Pasado Abierto*, 17.

De Stéfano Barbero, M. (2022). Por qué la vulnerabilidad importa. La relación entre masculinidad, emociones y vulnerabilidad en el ejercicio de violencia contra las mujeres en la pareja. *Anthropologica*, 40(49), 167-189. https://doi.org/10.18800/anthropologica.202202.008

De Stéfano Barbero, M. (2021). *Masculinidades (im)posibles. Violencia y género, entre el poder y la vulnerabilidad*. Galerna.

De Stéfano Barbero, M. (2021a). Ser o no ser: la cuestión del reconocimiento de la violencia y el estigma en los espacios de atención para hombres que ejercieron violencia contra las mujeres en la pareja. *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, 12.

De Stéfano Barbero, M. y Rodríguez, I. (2021). *Experiencias, percepciones, desafíos y necesidades de los espacios de atención para varones que ejercieron violencia de género*. Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual de la Provincia de Buenos Aires, Iniciativa Spotlight.

Dejours, C., Dessors, D. y Molinier, P. (1994). Comprendre la résistance au changement. *Documents pour le Médecin du Travail*, (58), 112-117.

Dutton, D. y Corvo, K. (2006). Transforming a flawed policy: A call to revive psychology and science in domestic violence research and practice. *Aggression and Violent Behavior, 11*(5), 457-483. https://doi.org/10.1016/j.avb.2006.01.007

Ezzy, D. (2010). Qualitative interviewing as an embodied emotional performance. *Qualitative Inquiry, 16*(3), 163-170. https://doi.org/10.1177/1077800409351970

Fabbri, L. y Rodríguez, I. (2020). "¿Qué hacer con los varones que agreden?". Revista Anfibia. https://www.revistaanfibia.com/los-varones-agreden/

Fridman, I. (Comp.). (2023). *Trabajando en violencia de género. Obstáculos y desafíos*. Lugar Editorial.

Garriga Zucal, J. y Noel, G. (2010). Notas para una definición antropológica de la violencia: un debate en curso. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, (9), 97-121.

Gilson, E. (2014). *The ethics of vulnerability: A feminist analysis of social life and practice*. Routledge. https://doi.org/10.4324/9780203078136

Goffman, E. (2015). *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrortu. (Obra original publicada en 1963)

Goldblatt, H., Buchbinder, E., Eisikovits, Z. y Arizon-Mesinger, I. (2009). Between the professional and the private: The meaning of working with intimate partner violence in social workers' private lives. *Violence Against Women*, *15*(3), 362-384. https://doi.org/10.1177/1077801208330436

González-Saiz, A. (2024). Entre «alteridades reprochables» y «otredades irredimibles»: violencia, moralidad y los límites de la comprensión etnográfica. *Vibrant*, *21*, e211006. https://doi.org/10.1590/1809-43412024v21e211006

Han, B.-C. (2017). *Sobre el poder*. Herder.

Iliffe, G. y Steed, L. G. (2000). Exploring the counselor's experience of working with perpetrators and survivors of domestic violence. *Journal of Interpersonal Violence*, *15*(4), 393-412. https://doi.org/10.1177/088626000015004004

Izquierdo, M. J. (2007). Estructura y acción en la violencia de género. En M. D. Molas i Font (Coord.), *Violencia deliberada: las raíces de la violencia patriarcal* (pp. 223-234). Icaria. https://bit.ly/3EVOWyg

Johnson, M. P. (2008). *A typology of domestic violence: Intimate terrorism, violent resistance, and situational couple violence*. Northeastern University Press.

Martínez-Moreno, M. (2022). «Cosas que no están escritas en el texto»: una exploración sobre la investigación antropológica con los violentos. En M. Jimeno et al. (Comps.), *Antropología, violencia y actores sociales en América Latina* (pp. 279-306). Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia.

McCann, I. L. y Pearlman, L. A. (1990). Vicarious traumatization: A framework for understanding the psychological effects of working with victims. *Journal of Traumatic Stress*, *3*(1), 131-149. https://doi.org/10.1002/jts.2490030110

Mitchell, C. y Melikian, K. (1995). The treatment of male sexual offenders: Countertransference reactions. *Journal of Child Sexual Abuse*, *4*(1), 87-94. https://doi.org/10.1300/J070v04n01_06

Natalucci, A. L. y Rey, J. (2018). ¿Una nueva oleada feminista? Agendas de género, repertorios de acción y colectivos de mujeres (Argentina, 2015-2018). *Revista de Estudios Políticos y Estratégicos*, *6*(2), 14-34.

Papalía, N. (2024). *Masculinidades, violencias y justicia penal*. Teseo.

Pitch, T. (2003). *Responsabilidades limitadas. Actores, conflictos y justicia penal*. Ad-Hoc.

Quintana, L. (2021). *Rabia. Afectos, violencia, inmunidad*. Herder.

RETEM. (2021). *Guía de orientaciones básicas para la prevención de las violencias por razones de género*. Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual de la Provincia de Buenos Aires; Iniciativa Spotlight. https://n9.cl/80ekog

Schulman, S. (2023). *El conflicto no es abuso. Contra la sobredimensión del daño*. Paidós.

Seguró, M. (2021). *Vulnerabilidad*. Herder.

Shoshan, N. (2015). Más allá de la empatía. La escritura etnográfica de lo desagradable. *Nueva Antropología*, *28*(83), 147-162.

Trebisacce, C. (2019). *El feminismo es el lado B del Estado* [Entrevista realizada por A. Paz Frontera]. LatFem. https://bit.ly/3ZF75bv

Trebisacce, C. (2020). Un nacimiento situado para la violencia de género. Indagaciones sobre la militancia feminista porteña de los años 80. *Anacronismo e Irrupción*, *10*(18), 118-138. https://short.do/PMF20M

Tyagi, S. V. (2006). Female counselors and male perpetrators of violence against women. *Women & Therapy*, *29*(1-2), 1-22. https://doi.org/10.1300/J015v29n01_01

Velázquez, S. (2012). *Violencias y familias. Implicancias del trabajo profesional: el cuidado de quienes cuidan*. Paidós.

Wieviorka, M. (2017). *La violencia*. Prometeo.